

SANTA TERESA DE JESUS

Carmelitas Misioneras, 15 de octubre de 2018

La noche del 15 de octubre de 1582 moría en Alba de Tormes Teresa Cepeda y Ahumada, una mujer cuya experiencia de fe y cuya obra siguen vivos en la memoria de la Iglesia. Muere repitiendo humildemente dos expresiones: “Al final, muero como hija de la Iglesia” y “Ya es hora, Esposo mío, de que nos veamos”. Esta mujer, que había nacido en Ávila 67 años antes, dejó a la Iglesia una profunda experiencia de Dios, narrada en sus escritos, que la convierten en verdadera maestra de vida cristiana para los fieles de todos los tiempos. Con razón el Papa San Pablo VI la declaró en 1970 “doctora de la Iglesia”. Fue la primera mujer doctora de la Iglesia.

Dice el Papa Francisco que “cada santo es un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su pueblo” (GE 21). ¿Cuál es el mensaje que el Espíritu nos regala a través de Teresa de Jesús? De su rica experiencia de la fe subrayaré cuatro aspectos.

1.- La experiencia de Dios de Teresa

El primer rasgo de la espiritualidad de santa Teresa es su profunda experiencia de Dios, de su misterio fascinante. Teresa tenía un profundo sentimiento de la presencia de Dios. En el libro de su Vida cuenta cómo descubre al Dios interior: que Dios está implicado en su vida. Lo cuenta con asombro, como un hecho decisivo en su vida: “Acaeciome a mi una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios [mismo] en todas las cosas”... hasta que se le da a entender de forma irrecusable el hecho de su presencia y “cómo se comunicaba con nosotros, que me consoló hartó” (V. 18,15). Dios y el alma, como la esponja y el agua: “como cuando en una esponja se incorpora y embebe el agua, así me parecía mi alma se henchía de aquella divinidad” (Rel. 18,1; y 40). Santa Teresa habla del “cielo pequeño de nuestra alma” (Camino 28, 5), donde habita Dios.

Teresa experimenta a este Dios como bondad, magnificencia y misericordia, en lo que se distancia de la teología y la catequesis de su época. “Muchas veces he pensado, espantada de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia. Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno” (Vida 4, 10).

En nuestra sociedad, tan vacía de Dios y de valores espirituales, santa Teresa nos enseña a ser testigos incansables de Dios, de su presencia y de su acción; nos enseña a sentir realmente esta sed de Dios que existe en lo más hondo de nuestro corazón, este deseo de ver a Dios, de buscar a Dios, de estar en diálogo con él y de ser sus amigos.

2.- El camino de la oración

Teresa vive a Dios como Alguien con quien trata habitualmente y enseña a hacerlo así. Ese es el camino de la oración, que concibe como “tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” (*Vida* 8, 5). Santa Teresa nos ha legado en sus escritos su experiencia de oración, que es un camino progresivo, que se va desarrollando a la vez que va creciendo la vida cristiana: comienza con la oración vocal, pasa por la interiorización a través de la meditación y el recogimiento, hasta alcanzar la unión de amor con Cristo y con la santísima Trinidad. En las “Moradas” describe el camino para ir ascendiendo en el castillo interior del alma hasta alcanzar al Rey y deleitarse con sus bienes.

Santa Teresa es maestra grande de oración. Al leer sus obras no sólo aprendemos a orar sino que nos hace orar con ella, porque muchas veces interrumpe sus escritos para rezar. Ella recuerda al hombre de nuestro tiempo la importancia del silencio para el trato prolongado con Dios; hay que entrar en sí, en el palacio de nuestra alma, para encontrarse con Dios.

3.- Jesucristo en el centro de su vida

Esta experiencia de Dios y de la oración, la vive unida a Jesucristo. Para Teresa, Jesús es el “Libro vivo”, el Maestro interior, la Palabra de Dios, el Señor, el modelo de vida (“dechado”, dirá ella en su léxico femenino), Jesús es “la verdad”, la hermosura (“Oh hermosura que excedéis...” / “De ver a Cristo, me quedó imprimida su grandísima hermosura”); es el “Yo soy” evangélico que disipa los miedos y da seguridad definitiva; es el agua viva o la fuente misma de agua viva; es el Cristo del Amor, el esposo, el amigo, “amigo verdadero que nunca falla”...

Para Teresa, la vida cristiana es ante todo vivir una relación personal con Cristo Jesús. Ser cristiano será desarrollar ese proceso relacional, dejándonos configurar con Él. En el último capítulo de las Moradas séptimas escribe: “¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? - Hacerse esclavos de Dios, a quienes, señalados con su hierro que es el de la cruz, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fue”.

Santa Teresa tiene un sentido muy vivo de la humanidad de Cristo, lo que le ayuda a evitar falsas espiritualidades, como la que se daba en algunos alumbrados de su época. Ella vive pegada a Cristo, particularmente en su misterio de la Cruz: “Poned los ojos en el Crucificado, y haráseos todo poco”. Por eso a ella le encantaba rezar “Véante mis ojos, dulce Jesús bueno”; y por eso reiteró con inusitada insistencia la consigna de “mirarle”: al aprendiz, le dice el “mire que le mira”, y a las lectoras del Camino: “Miradle!... No os pido más de que le miréis!” Por eso, insistirá -contra ciertas corrientes de su tiempo- que aun en las cimas de la vida mística la contemplación es impensable sin referencia a la Humanidad del Señor.

Hay un texto muy hermoso del “Libro de la Vida”, donde explica cómo la humanidad de Cristo es el único camino:

“Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir; es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero. Y veo yo claro (y he visto después) que, para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita. Muy muchas veces lo he visto por experiencia; hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.

Así que no se quiera otro camino, aunque se esté en la cumbre de contemplación. Por aquí se va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes; él lo enseñará. Mirando su vida, es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe sí” (Vida 22, 6-7).

4.- Su sentido de Iglesia

En su espiritualidad destaca, finalmente, su gran sentido de Iglesia. Su experiencia de la Iglesia es, al mismo tiempo, de dolor y de gozo. Dolor por las dificultades que encuentra pero gozo porque se sabe en todo momento hija de la Iglesia.

Su experiencia fue dolorosa por su condición de mujer, tildada de indocta e indocumentada, a lo que se suma ser una monja encerrada en un monasterio, sospechosa muchas veces por su vida mística. Teresa sufre a causa de la Iglesia pues se le prohíben leer algunos libros espirituales; es denunciada como fundadora por proceder contra el Concilio de Trento y es forzada a comparecer ante la inquisición de Sevilla por su experiencia mística.

Pero en ningún momento se siente lejos de la Iglesia, a la que tiene como madre. Ante cualquier dificultad, ella reacciona manifestando su adhesión a la “santa madre Iglesia católica romana”, como la designa ella. Y somete toda su vida mística y toda su obra “a lo que tiene la Iglesia” (cf. cap. 25,12 de Vida). Por la Iglesia o por una verdad de la misma está dispuesta a dar la vida. Escribe, de una manera hiperbólica: “contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba, por ella o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura me pondría yo a morir mil muertes” (V. 33,5).

Y como hija de la Iglesia, siente también las dificultades de la Iglesia. En las primeras páginas del Camino de perfección escribe: “Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo —como dicen— pues le levantan mil testimonios, quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, tendríamos un alma menos en el cielo? No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia” (Camin 1, 5). Teresa ve en ello una

llamada a la santidad: “Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que veía perder. Y como me vi mujer y ruin e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo” (Camino 1, 2).

5.- Conclusión

La vida y espiritualidad de Santa Teresa es luz para nuestros tiempos. Ella es maestra de vida interior, que nos enseña el camino del trato asiduo con Dios, el amor a Jesucristo y a su Iglesia. Los santos, dice el Papa Francisco, “nos alientan a no detenernos en el camino, nos estimulan a seguir caminando hacia la meta” (GE, 3).

Termino con una de esas preciosas oraciones que Santa Teresa inserta en sus escritos. En ella se expresan claves importantes de su vivencia de Dios. La podéis encontrar en el Camino de Perfección. Dice así:

“Cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras que Vos, Señor mío, quisieréis. Si queréis con trabajos, dadme esfuerzo y vengan; si con persecuciones y enfermedades y deshonoras y necesidades, aquí estoy, no volveré el rostro, Padre mío, ni es razón vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo dio en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte; sino que me hagáis Vos merced de darme vuestro reino para que yo lo pueda hacer, pues él me le pidió, y disponed en mí como en cosa vuestra, conforme a vuestra voluntad” (32, 10).